


autobiografía con objetos

fernanda garcía lao



kriller71 ediciones / Colección Poesía #59
<http://kriller71ediciones.com>
info@kriller71ediciones.com

[2012-2022 / 10 años]

 Kriller71 Ediciones

 @kriller71

 @kriller71

asistente editorial

marina miravet cristobo

diseño de la colección

paloma tarrío alves

revisión

aníbal cristobo

imagen de portada

robin cracknell

isbn

978-84-125170-0-2

depósito legal

B 12782-2022

© de los poemas, fernanda garcía lao
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com

© del prólogo, alejandro zambra, 2022

© de esta edición, aníbal cristobo, 2022

Todos los derechos reservados.

autobiografía con objetos

fernanda garcía lao

prólogo de alejandro zambra



DOLOROSAS FLORES DE UNA SINGULARIDAD CRUEL

por Alejandro Zambra

«Durante mucho tiempo insistí en que había presenciado la escena de mi nacimiento», dice Koo-chan, al comienzo de *Confesiones de una máscara*, la novela de Yukio Mishima: «Cuando me ponía a contarla, los mayores se burlaban de mí». Un par de párrafos más adelante, después de reseñar la incredulidad de los adultos, apoya su relato en el recuerdo de «un balde de aspecto refrescante, hecho de madera, flamante y nuevo» en el que habría recibido el primer baño de su vida.

La novela entera nace de ese primer desacuerdo radical con los demás, con el mundo. Esa misma rebeldía hermosa y necesaria late en cada página de este libro de Fernanda García Lao. Ya sabemos que no existen los recuerdos puros: los inventamos, los modificamos, los alteramos para legitimar la felicidad o la angustia o la perplejidad presente. Pero saber que recordamos mal no nos exime del deseo de recordar bien, ni de la ilusión de haber *acertado* un recuerdo, como quien se vuelve millonario en un juego de azar. Así, las imágenes preciosas que inundan este libro («dolorosas flores de una singularidad cruel», para decirlo con palabras de la autora), provienen de un deseo de objetividad que paradójicamente genera apego cómplice y ternura rotunda.

Fernanda García Lao inventa aquí sus recuerdos puros, que son falsos o todo lo verdaderos que los recuerdos pueden llegar a ser. Los objetos –exhibidos en un museo personalísimo o arrumbados en una bodega, a la espera de un ataque de melancolía– *producen* a la criatura que décadas más tarde los vivifica para aferrarse a ellos con vacilante felicidad y orgullo. Un moisés («sensación de rama y sabanita»), una sillita reposera de tela blanda («cierto olor a baba,

a tierra seca de patio») o un andador («puntas de pie coinciden con el suelo sin tocarlo»), funcionan, aquí, como el balde donde bañaron al personaje de Mishima.

«La infancia no viaja, se hace vieja, atrás», dice la voz que avanza a tientas por su propia biografía, sin contentarse con el puro valor referencial de su ejercicio. Sus recuerdos se vuelven, por lo tanto, nuestros. Sus objetos despiertan en nosotros el recuerdo de los objetos propios que generarían un libro similar. La infancia es siempre una ficción, un cuento que nos contamos a nosotros mismos, y una dictadura de los padres, de los adultos.

La amnesia infantil de pronto lo borra todo y por eso nuestros primeros recuerdos, a la altura de la adultez, se remontan a los tres o cuatro años de vida y son más bien sensaciones que elaboramos narrativamente. Si el mal de Funes nos condenara a recordar cada vez que nuestros padres nos cambiaron los pañales o nos salvaron de la muerte, sería difícil matar al padre: cualquier asomo de rebeldía o de ingratitud se vería neutralizado. Y si no nos cuidaron bien y estuviéramos en condiciones de recordarlo, de probarlo, matar al padre sería demasiado fácil y por lo tanto insustancial.

Quienes llevamos un par de décadas leyendo a Fernanda García Lao no sabíamos que esperábamos este libro que ahora nos permite releer su obra entera bajo otra luz u otra penumbra. Al pasar las páginas sobreviene la certeza de que este es un libro más encontrado que buscado: un proyecto que estaba allí, agazapado, en perpetuo estado de inminencia, y de pronto se volvió visible o urgente y hubo que escribirlo en una semana de maravillosa locura o a lo largo de años recolectando notas.

Para la autora, como para Yukio Mishima o Marcel Proust o Sandra Petrigani o tantísimos otros y otras, hablar de sí misma es hablar en plural. O más bien: para hablar en plural debe dirigirse, a zancadas valientes, hacia el interior. A Fernanda García Lao

no le interesa contarnos su historia deteniéndose en los giros inesperados de su pequeña o grandiosa odisea. Su humildad equivale a la ambición máxima de entregarnos unas imágenes a la vez falsas y verdaderas. Quiero decir: no bajar nunca la cabeza ante el misterio.

Ciudad de México, abril de 2022.

autobiografía con objetos

A Julieta

Para narrarse habría que atribuirle a la memoria dotes de las que carece. Las coordenadas espacio temporales están viciadas de subjetividad.

Una biografía podría ser un repertorio de materia.

Escribe Walter Benjamin: Cada objeto es una enciclopedia de su dueño.

Yo digo al revés: Cada cual es una enciclopedia de sus objetos.

He aquí los míos.

Inventario Mendoza

Moisés

Sensación de rama y sabanita. Contemplación ociosa de satélite, en el cuarto principal.

Sillita reposera de tela blanda

Insolación de la tarde, instante uno de tu vida. El sol de la siesta. El mundo alto y la espalda ocupada en su descanso. Los pies en el aire. Cierta olor a baba, a tierra seca de patio. Voces que no dicen, palabras antes de su sentido. Memoria personal vacía. El ser, más grande que la conciencia.

Andador que no avanza

Permanecer ahí, colgada. Puntas de pie coinciden con el suelo sin tocarlo. En lugar de pasos, taquigrafía o código morse sobre las baldosas. Bailecito en puntas. No entendés el sentido de moverse en horizontal. Tu mamá te lleva al médico, pero el diagnóstico descarta un asunto anatómico. Aprendés mal a caminar: sos un desequilibrio que termina en el suelo.

Pierna de yeso

Forma fosilizada de vendas que han perdido la soltura. Agobio íntimo abrazando la piel desde los dedos a la rodilla. Vas despegando sutilmente el yeso para liberar la extremidad verdadera de la falsa. Cuando nadie te observa, guardás el molde seco en el ropero. Tardan en darse cuenta. Luego tu pierna crece, la falsa no.

Canasto de mimbre con servilleta adentro

Construcción que se trenza para después. Jardín sin flores, el de infantes, lleno de mocos y temor al abandono. Las madres recuperan su delgada independencia y los padres continúan sus reuniones, del otro lado de la ciudad. Miedo al recreo si no es con tu hermana. Abrís el canasto y tocás las galletas, tan húmedas como peces sin escamas.

Garabato con pretensiones de lenguaje

Lentitud motriz inversamente proporcional al optimismo semántico de esos temblores sin forma definida que terminan estampados en los libros de tu padre. Espirales y cruces con ínfulas de conocimiento. Idioma condenado al olvido que sólo se entiende en el instante. Inventar un cuento cada vez frente a la familia, que tuerce la nariz en señal de suspicacia.